

nio de pocos. Creyérase raramente adivinar el rasgo trémulo que anuncia la descarga, pero su serenidad, como el cristal de los lagos, se ha estremecido tan sólo, sin romperse...

Y bajo esta superficie límpida de la forma impecable, ¡qué cálidos raudales de amor y de bondad! Decir las cosas bien es una forma de ser bueno y la bondad del hombre exige al artista la túnica preciosa. Espíritu gemelo de Guyau, la *simpatía* era para él, también, la fórmula suprema. Todas sus páginas respiran una cordialidad fecunda. Anima las cosas, penetra las almas. Sacerdote laico de la belleza, del bien, de la justicia, la unción de su palabra levanta un templo donde su voz predica. Tuvo la capacidad de admirar, es decir, de amar en sumo grado, y la tolerancia fué el exponente inconfundible de su comprensión. Espectador afectivo y ecuánime, desde lo alto de su tribuna contempla los panoramas y las multitudes. La purificación de la altura le salva de los contactos violentos. Por eso, aún cuando investigue en las almas, aún cuando comente hechos actuales, aunque la polémica le ponga frente a frente a situaciones concretas y perentorias, su visión elevada comunica a su pluma la transparencia de la atmósfera, la perspectiva espectacular, la impersonalidad que transpone las fronteras individuales y se transfunde en el espacio. De ello depende, sin duda, la serenidad constante de su actitud mental a través de toda su producción, y de ello también la cristalina unidad de su estilo, pues como dijera Remy de Gourmont a propósito de Renán, hay algo de inseparable entre el estilo y el pensamiento.